IX

UN HOMBRE DE NEGOCIOS

Todos los convidados se levantaron. Sinnamari y Régine ahogaron una sorda exclamación. Eustaquio Grimm no pudo reprimir un imprudente « Está loco ». Filiberto Wat dijo : « Téramo Girgenti no me habia anunciado semejante cosa ». Raul Gosselin gritó : ¡Bravo! La Muna palmoteó con entusiasmo, y Marcela Feraud hubo de confesar que aquello le parecia extraordinario. De buena gana habría abrazado á R. C. quien se le antojaba suma y compendio de la bravura, de la belleza y de la simpatía en aquella reunión de mundanos á quienes anunciaba tranquilamente su propósito de arrancar un hombre de las manos del verdugo.

¡Y delante del Procurador imperial!

Este se repuso pronto de su emoción ; pero sus labios aparecían crispados por siniestra sonrisa.

— Para conseguir eso, — dijo, — fuera preciso ser más fuerte que la muerte misma.

El rey de las Catacumbas lo miró largo rato, como si leyera en el fondo de sus ojos.

— Cierto, caballero ; — afirmó. — Y yo soy más fuerte que la muerte... ¡ Yo soy la vida!

— ¡Habla como Cristo! — exclamó la comedianta. — ¡ Y es como él hermoso!...

Sinnamari aguantó con calma aquella mirada que parecía desnudar su alma, limitándose á encogerse de hombros.

Luego dijo :

— Lo mejor que puede usted hacer es decir á estas señoras que sólo se trata de una broma... Broma por cierto de muy mal gusto, porque el cadalso no es cosa de burla. Usted es el primero que se permite burlarse de él en mi presencia... Quiera Dios que no se arrepienta usted de ello algún día.

Dicho esto, Sinnamari se adelantó á su vez hacia la ventana ; también él mostraba con el dedo la siniestra máquina.

— Véanla ustedes ; está preparada y esperándole... Observen además la plaza, esos soldados, esos gendarmes... Dentro de una hora, cuando las primeras luces del alba iluminen esos dos brazos rojos, vengadores de la sociedad, los brazos de la Justicia, caballero, Desjardies habrá pagado con su cabeza la deuda que tiene contraida para con Dios y para con sus semejantes.

— Dentro de una hora, — replicó R. C. — la cabeza de Desjardies continuará sobre sus dos hombros... Y de ellos no caerá hasta que yo lo quiera.

Esta frase formidable levantó un rumor de protesta. El poder que se arrogaba aquel hombre extra-

ordinario, de hacer rodar una cabeza cuando él considerase llegado el instante de su justicia. depasaba todo lo que puede concebir la más fantástica imaginación nutrida con las narraciones auténticas del bandidaje de otros tiempos.

El rey de las Catacumbas observó el estupor que sus palabras habían producido en el ánimo de los presentes, y dejando caer el visillo, tomó las manos de las damas y condujo de nuevo á éstas á la mesa. Cada cual ocupó su puesto. Regine miraba á Sinnamari quien deseoso de mostrarse en aquellas solemnes circunstancias tan tranquilo y tan dueño de sí mismo como el propio R. C., afectaba completa calma y sangre fría. Sentóse á su vez exclamando:

— Pues señor, es muy divertido todo esto. Parece un capítulo de novela por entregas. En realidad, señor anfitrión, yo no sé más que de un hombre que le haya tomado á usted en serio : Dixmer.

— Hay otro además; — repuso R. C. — Ese otro es usted, señor Procurador. Porque si usted no hubiese creido á pies juntillas cuanto le ha dicho Dixmer, claro es que no le habría usted encargado del servicio de orden, ni se habrían tomado tantas misteriosas precauciones para la ejecución. Por lo demás, Dixmer es hombre hábil; y sin que él se diera cuenta de ello, nos ha causado ya más de una extorsión.

— ¡Es posible! — dijo irónicamente Sinnamari. —¡ Un infeliz como Dixmer ha podido contrariar los planes de Su Majestad el rey de las Catacumbas!

Su sonrisa era casi insultante.

Mirábalo fijamente R. C. y de pronto le dijo, con tono de violencia que heló á los convidados.

— No se ría usted del rey de las Catacumbas. Huésped es en extremo generoso, señor Procurador imperial, y pruebas da de quererle á usted bien.

— ¿De veras?

— Como usted lo oye.

— ¿Y qué pruebas son esas, se puede saber?

— Detener á un magistrado en el momento en que va á cometer un espantoso error judicial castigando á un inocente, es hacerle un inmenso favor, por lo tanto quererle bien.

— ¿Un error judicial el asunto Desjardies?... ¿Qué dice usted á eso, Regine?

Este parecía próximo á desmayarse . por lo que Sinnamari, sin darle tiempo á que contestase, continuó.

— El señor Regine y yo le sorprendimos con el cuchillo en la mano, inclinado sobre el cuerpo, aun caliente, de su víctima. ¿No le parece á usted eso bastante? Y después de todo, ¿quién es usted? Aún no lo sabemos. Un vulgar bandido, según algunos, ó un apóstol desfacedor de entuertos según otros. Sea como fuere, apóstol ó bandido, usted me pertenece; pero mientras llega la hora de que entre en posesión de su interesante personalidad, y puesto que, libre aún se entretiene usted en meterse en lo que no le importa, me permitiré darle un consejo. No se ocupe usted, ni poco ni mucho, del asunto Desjardies; ya es demasiado tarde para que pueda interesar su actividad. Desjardies cuenta entre los muertos, y usted lo sabe tan bien como yo.

R. C. no escuchaba á Sinnamari. Inclinándose alter-

nativamente hacia la Muna ó hacia Marcela Feraud, hablaba á ambas de los chismecillos parisinos; y mientras la Muna admirada abría la boca casi tanto como los ojos, la comedianta mostrábase complacidísima. No; R. C. no podía ser un vulgar bandido como, decía el implacable Procurador. Y aunque lo fuera, ¿qué? Era un bandido-rey, y además amable, y además rico y además hermoso...

Complacíase Marcela con su conversación. Aquel hombre, á quien nunca encontrara en ninguna parte, conocía todo París mejor aún que ella. ¿Pues no la había cumplimentado por el triunfo por ella obtenido en la interpretación de *Los Mártires?*

— ¡Pero si usted no estaba allí! — exclamó la actriz entusiasmada.

— Yo voy á todos los estrenos.

— ¡Es posible!

— Acudí al de *Los Mártires*, y estuve en el cuarto de usted para felicitarla, como tantos otros; lo que hay es que usted no me reconoció.

Creía la cómica en la posibilidad de que aquel hombre se burlase de ella, pero no estaba muy segura de que así fuese. Por si acaso, cambió de conversación llevando esta de nuevo al asunto Desjardies.

— ¿Es verdad, lo que se llama verdad, — preguntó — que se propone usted impedir que ejecuten á ese pobre hombre?

— Sí, señora; nada más sencillo.

— ¿Sencillo?

Sinnamari dijo entonces:

— ¿Por qué no le pide usted á nuestro huésped que nos explique cómo piensa arreglarse para hacer eso

que le parece tan sencillo? La explicación nos haría pasar aún un ratito...

El Procurador miró su reloj, repitiendo mentalmente:

— ¿Qué demonios hace ese Dixmer? Pues si él no vuelve con sus hombres, lo que es yo no me muevo de aquí. Por nada del mundo me separo de R. C. antes de que le hayan echado mano... ¡Como que si no hay otro medio le detengo yo mismo!

Disimuladamente se cercioró de que su revólver estaba en el bolsillo.

— Pues sí, señora, sencillísimo; — repetía R. C. — Sepa usted que en este mismo instante, los ayudantes del verdugo cenan en el *Conejo que fuma.*

— ¿Qué es eso del *Conejo que fuma?*

— Un tabernáculo ocupado desde hace tres horas por mis hombres, cuya misión allí es la de apoderarse de los ayudantes del verdugo.

Al oir estas últimas palabras Sinnamari se levantó de un salto, y mascullando un juramento fuese hacia la puerta. Llegado á ella se estrelló contra una verdadera barrera humana. Cuatro hombres en fila, le obligaron á retroceder.

— Hace poco, — gritó á R. C. — dijo usted que podía salir cuando se me antojase.

— Eso lo dije hace poco; ahora digo que debe usted permanecer aquí.

Fuese Sinnamari á la ventana, con la evidente intención de abrirla ó de romper los cristales y pedir socorro; pero dos lacayos de pie ante ella le impidieron acercarse.

¡El Procurador imperial prisionero del rey de las

Catacumbas! Sinnamari no podía creerlo : como tampoco le era posible dominar la cólera que le ahogaba. Sacando el revólver del bolsillo llamó en su ayuda á Regine y á los otros convidados. Todos de nuevo habían dejado sus asientos : solo R. C. continuaba sentado. El salón hallábase lleno de lacayos, que entraran poco antes y que se mantenían impasibles detrás de los invitados, en silencio, pero en actitud amenazadora.

— Vaya, mi señor Procurador, — dijo Raúl Gosselin, — ya vé usted que toda resistencia es inútil.

Y como R. C. señalaba á Sinnamari el asiento que abandonara bruscamente, el hombre lo ocupó otra vez, vencido por el momento, pero jurándose á sí mismo tomar un rápido desquite.

Sentados todos, continuó el servicio, ocupando el centro de la mesa una magnífica lamprea.

— A todo esto, señor rey, — dijo Marcela Feraud, — aun no nos ha dicho usted porqué se interesa tanto por ese Desjardies.

— Creo, señora, haberlo dado á entender; — contestó R. C. — ¿No le parece á usted motivo suficiente?

— Usted nos ha hablado de un error judicial... Según eso, Desjardies es inocente...

Lo ignoro en absoluto.

— ¡Lo ignora usted, y sin embargo pretende salvarlo!... El diablo que lo entienda.

— Poco á poco; — dijo R. C. — He dicho y sostengo que cabe en lo posible que ese desdichado sea inocente. Su hija lo asegura, y afirma que si se concede á su padre un mes, nada más que un mes de vida,

ella dará la prueba indiscutible de su inocencia.

— Puede que sí; — concedió la comedianta. — Pero en fin, con el sistema de usted nos exponemos á entorpecer la acción de la justicia y aun á dejar impunes muchos delitos.

— ¿Y no le asusta á usted, señora, la idea de que se pueda cortar tranquilamente la cabeza de un hombre honrado? La hija de Desjardies asegura que ha descubierto un hecho nuevo, que no tiene nada de jurídico y que por lo tanto no puede entorpecer la acción de la justicia, pero susceptible de impresionar á toda persona de buena fe que examina el asunto imparcialmente... En posesión de ese hecho nuevo ha llamado la pobre á la puerta de usted, señor Procurador imperial, y á la del jefe del Estado; y esas puertas han permanecido cerradas...

— Por eso sin duda se ha decidido á llamar á la de usted, que se ha abierto de par en par, — continuó Marcela Feraud. — Pero dígame usted, ¿dónde está esa puerta?

— Sí, sí, — dijo Raúl Gosselin; — vengan esas señas. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir el día de mañana! Con la justicia...

— No sabe uno lo que le aguarda; exacto. Tampoco lo sabía la señorita Desjardies. La pobre estaba lejos de figurarse — siguió diciendo R. C. — cuando llena de esperanza en el porvenir, alegre y contenta al lado de su padre, entró á formar parte del número de mis clientes, que había de llegar un día en que me fuese dado suspender la caída del cuchillo que amenaza la vida de su padre. Y sin embargo, ya lo ve usted; así ha sucedido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿De modo que esa joven es cliente de usted? — preguntó temblando la Muna, extrañada de su audacia y aun asustada de oir el eco de su propia voz.

— Sí, señora; cliente mío.

— Pero ¿qué clase de cliente? — dijo Marcela. — Porque yo no lo entiendo. ¿Qué es lo que usted vende, señor rey?

— ¿Yo? Una porción de cosas; pero lo que trato de procurar ante todo es un poco de seguridad para aquellos que la merecen y que no disfrutan de ella; un poco de justicia para aquellos á quienes se les rehusa.

— Es usted un dios.

— No.

— Bueno: una providencia.

— Tampoco. Soy un seguro: nada más que eso.

— ¡Cosa más particular!... Un seguro... ¿Está asegurada con usted la hija de Desjardies?

— Sí, señora.

— ¿Pero cómo? Eso debe ser muy curioso. Cuéntenos usted todo, todo, señor rey. Queremos saberlo todo.

— Nada tan sencillo. Esa señorita vivía con su padre en el Hotel del Mapamundi, en Montmartre, y su habitación se hallaba pared por medio con la de uno de mis amigos, el cual les habló de mí cierto día en que la conversación hubo de recaer sobre las vicisitudes de la existencia, asegurándoles que por su parte vivía tranquilo desde que contrajera un seguro en una compañía. Ellos le preguntaron de qué clase de seguro se trataba y él les mostró la póliza. Rieron padre é hija de buena gana; pero como mi amigo dijo á la muchacha que el seguro para ella no costaría

más que cinco francos, firmó una póliza en blanco.

— Pagando, naturalmente los cinco francos; — interrumpió la Muna.

— No; nos los pagó. Creía que se trataba de una broma. Pero los pagó mi amigo, afortunadamente para la muchacha, cuyo padre, acusado de asesinato, fué detenido al día siguiente. Sin la intervención providencial de mi amigo, impagada la póliza, yo habría considerado el contrato como nulo, y hubiera dejado guillotinar á Desjardies.

— ¡Por cinco francos! ¡Bah! eso no es creible; — aseguró Marcela.

— Sin embargo, así es; en nuestra época, señora, los reyes están obligados á ser hombres de negocios.

— Puede: pero ¿quiere usted decirme qué es lo que puede usted ofrecer por cinco francos?

El rey de las Catacumbas ofreció cigarrillos de Oriente á las señoras, mientras los hombres encendían sendos puros, y disponíase á fumar él mismo cuando detuvo su gesto.

—¡Señor Mortemart! — dijo.

El notario dió un salto en su asiento. Miró á R. C., á los convidados, el plato que tenía delante, y luego á Sinnamari. Repuesto en fin de su emoción, tosió ligeramente.

— Señor...

—¿Ha traído usted el contrato Desjardies? — preguntóle R. C. quien sonreía con las mujeres en presencia de la extraña turbación del depositario de la fe pública.

— Sí, señor.

— Bien, pues va usted á leérnoslo.

Mortemart se levantó, fué á buscar la cartera que dejara sobre un armario y de ella sacó un legajo con el que volvió á su sitio. Enseguida empezó á leer con voz gangosa :

« Entre la señorita Luisa Gabriela Desjardies domiciliada en París, Hotel del Mapamundi, calle Lepic, y el señor Valentin Cousin, domiciliado en París 32 *bis* calle Linneo obrante en nombre y representación de la compañía de seguros A. C. S. cuyo domicilio legal es 32 *bis* calle Linneo y su domicilio real en las Catacumbas de París, constituida por acta notarial de 15 de Enero de 186... en el estudio de M. Mortemart notario de París,

Y esto en virtud de poderes otorgados al dicho Cousin por los miembros del Consejo de Administración de la nombrada Compañía según consta en acta levantada por el notario Mortemart en París con fecha 23 de Febrero del mismo año 186...

Se ha convenido lo que sigue :

El señor Valentin Cousin declara asegurar por la suma de cinco francos anuales á la señorita Luisa Gabriela Desjardies contra todos los riesgos injustos de la existencia resultantes únicamente de la intervención de los poderes públicos.

La Compañía A. C. S. (Asociación contra la Sociedad) toma á su cargo los riesgos y peligros que amenacen ó vejen injustamente al asegurado y provengan de toda molestia, ultraje, negligencia, falta de exactitud de la sociedad en el cumplimiento del deber administrativo, no reconocimiento de los derechos, aplazamientos injustificados de demandas valables, atentados á la libertad moral ó física del individuo, y, en general, procedentes del mal funcionamiento de los engranajes sociales.

La Compañía A. C. S. se compromete á hacer que cese en el término de dos meses todo perjuicio, de cualquier género que fuese, que pueda irrogarse á la señorita Desjardies, y esto, sea por intervención eficaz cerca de los poderes públicos, sea por entrega de una suma, equivalente, en la medida de lo posible, al perjuicio sufrido.

Toda rectificación de perjuicios de la naturaleza de los antes enunciados, petición de saldo de cuentas y notificación, deberá pedirse por demanda dirigida á M. Mortemart, notario de París, quien la hará llegar á quien corresponda.

Dichas demandas previas serán examinadas en las doce horas siguientes á su presentación por el tribunal de paz de las Catacumbas, quien proveerá sin apelación, bien acerca de la acción que deba seguirse contra los poderes públicos, bien, en su caso, acerca de los resultados prácticos de dicha acción que conciernan al interesado, bien en lo referente á los daños y perjuicios que deban satisfacerse al mismo.

Tanto los aseguradores como los asegurados se comprometen además á conformarse con las leyes y reglamentos de las Catacumbas en la parte que se refiera especialmente á este seguro, de la que se las enterará antes de que quede firmado el presente compromiso.

Hecho en el estudio de Maitre Mortemart, notario en París, muelle Voltaire, á... de Junio de 186...

GABRIELA DESJARDIES. — *Por la compañía* : A. C. S : VALENTIN COUSIN.

—¡ Todo eso por cinco francos! — exclamó la Muna con tan cómico acento que hubo de excitar la hilaridad de todos los presentes. El mismo R. C. pareció regocijarse por la reflexión de la muchacha. Sin embargo, le contestó en el acto :

— Otros han pagado por eso mismo un millón.

— Caro seguro; — afirmó la Muna. —¡ Un millón, como quien no dice nada!

— Todo depende de la fortuna ó de la posición social del asegurado. Para Téramo-Girgenti, por ejemplo, un millón significa muy poca cosa.

— Por lo visto, — observó Raúl Gosselin, — usted practica el impuesto sobre la renta.

—¡ Y el impuesto forzado no ? preguntó sonriendo Marcela Feraud.

R. C. contestó con sencillez :

— De vez en cuando.

—¡ Ah, vamos! — se oyó decir á algunos de los presentes, mientras que R. C. continuó hablando como si nada oyese :

—¿Qué tiene eso de particular ? El impuesto forzoso es un privilegio de la realeza. Aquí donde ustedes me ven, mi deseo más ferviente es el de que viva todo el mundo, pero muy especialmente las personas que me interesan. ¿Que tengo, en un momento dado, muchos pobres ? Bueno, pues hago que mis gentes den un recadito al oído de los ricos...

— ¡Delicioso! interrumpio Marcela. — Es usted un bandido delicioso, señor rey. Y conste que no le tengo ni tanto así de miedo.

— Tampoco yo; — hubo de murmurar amorosamente la Muna.

—¡ Pues no faltaba más! — siguió diciendo R. C. —¿Y de qué iban ustedes á tener miedo? Yo soy un hombre de negocios, ni más ni menos; y crean ustedes que mis propósitos se reducen á uno solo, el de aumentar todo lo posible mi clientela, honradamente, se entiende.

— Cuente usted conmigo ; — dijo Marcela palmoteando alegremente.

— Y conmigo ; — añadió la Muna.

La primera suplicó á Raúl Gosselin que le pagase un seguro.

— Según y conforme, — dijo éste ; — figúrate que á S. M. se le antoja pedirnos un millón...

— Tranquilícese usted. Yo no pediré á esta señora más que una cosa : que se sirva dar una representación de *Los Mártires* á beneficio de los pobres de las Catacumbas.

—¡ Prometido, prometido ! — gritó la artista. — Un beneficio para los pobres de las Catacumbas... ¡ Pues apenas si la cosa va á llamar la atención !... Se llenará el teatro hasta los topes... Pero vamos á ver : ¿ cuándo firmamos el contrato ?

— Mañana mismo puede usted pasar por mi estudio, señora ; — dijo maître Mortemart.

—¡ No! — replicó R. C. — de ningún modo. Usted, señor notario, es quien se molestará. Hemos de hacer á esta señora, y á la señorita Muna también, contratos especiales, de amigos, que firmaremos alegremente en casa de mi amigo el conde de Téramo-Girgenti, durante la fiesta con que piensa celebrar su instalación en su nueva y suntuosa morada... Y á propósito del conde, — continuó R. C. sacando una

cartera y volviéndose hacia Filiberto Wat, — ahora recuerdo que le debe á usted una suma, caballero, y voy á pagársela en el acto; ya me arreglaré luego con Téramo...

Y así diciendo, el rey de las Catacumbas entregó al yerno del presidente del Consejo un cheque por valor de veinticinco mil francos.

— A la orden de usted y á cargo de Johnson... creo que es su banquero.

— En efecto; — respondió Wat.

— Vea usted lo que son las cosas; también lo es mío.

— ¡Cartucho tiene banquero! — exclamó Marcela Féraud, bromeando.

Y Sinnamari, con voz siniestra, dijo á su vez:

— Cartucho murió descuartizado en una rueda.

— ¡Cristo murió clavado en una cruz! — dijo R. C. con tono grave.

— No comprendo tan singular comparación, caballero...

— Quise decir, señor Procurador Imperial, que en el Gólgota se dieron la mano los buenos y los malos ladrones.

— Aquí no se trata de Gólgota, ni de cruces, ni de Cristo; — repuso Sinnamari más frío y siniestro á cada instante. — Aquí se trata de gentes que se colocan voluntariamente fuera de la ley, y á quienes la ley castiga. Desjardies, armándose contra un hombre indefenso cometió un crimen menos grave que el que comete usted armándose contra la ley... Y sin embargo, á aquel van á cortarle la cabeza.

— ¡No! — replicó R. C. — No se la cortarán.

— ¿Que no? ¿Imagina usted acaso que yo acepto como verdad inconcusa su estúpida historia de la captura de los ayudantes del verdugo? Pero vamos á suponer que lo es; admitamos, en hipótesis, que los ayudantes han desaparecido; ¿cree usted que esa circunstancia retardará el suplicio? De ningún modo; el verdugo se basta y se sobra para ejecutar por sí solo la sentencia.

— Bueno, pero ¿y si ese Desjardies es realmente inocente? — preguntó algo atemorizada Marcela Féraud.

— ¿Y si es culpable, como han asegurado los jueces? — insistió Sinnamari.

Todas las miradas se volvieron hacia R. C.

— Si es culpable, — dijo éste con calma, — lo devolveré al cadalso. ¿Os sorprende lo que digo? Pues no hay razón para tal sorpresa. Yo no soy un revolucionario, ni un anarquista; soy un excelente burgués que realiza honradamente sus negocios... y los de los demás. No crean ustedes que yo proyecte trastornar la sociedad, ni hacer que cambie en su forma ni en su fondo; ¡qué disparate! Pues si ni siquiera se me ha ocurrido acelerar su orientación hacia un ideal de progreso acerca del que los filósofos no han logrado aún ponerse de acuerdo. ¿No existe el cadalso? Pues tanto mejor, ó tanto peor. Eso á mí no me importa. Lo que sí me interesa es que no sirva para cortar la cabeza de uno de mis clientes de quien se dice que no es culpable. A ese cliente yo lo aseguré contra todas las injusticias resultantes de la mala voluntad de los poderes públicos que se mueven normalmente en un cuadro social que no he de per-

mitirme discutir. Lo que yo pido á los poderes públicos para mis clientes es el máximum de justicia á que tienen derecho en el actual estado de la sociedad. ¿Está esto claro? Bueno, pues mi cliente Desjardies tenía derecho á que no le cortaran la cabeza sin oir previamente la declaración de su hija, la cual pretende haber descubierto un hecho nuevo, susceptible de modificar la opinión que el tribunal del Sena ha formado del crimen. Y sin embargo, no la han oído.

— ¿Y aunque la hubiesen oído, qué? — interrumpió Sinnamari. — ¿Quién la oiría en este momento en que nada puede detener ya la obra de la justicia? Ya es demasiado tarde... Tan tarde es, que si yo mismo quisiera decir en este momento al verdugo: « deténte », ya no podría hacerlo, porque ni aun mi voz sería escuchada. Dura es la ley, pero es ley.

— Esa ley que usted invoca, — contestó el rey de las Catacumbas, — no se oponía en modo alguno á que se oyese á la señorita Desjardies cuando aun era tiempo. Sin embargo se le cerraron todos los oidos y todas las puertas; escribió, y nadie se dignó contestarle. Más aún; esa hija infeliz no ha podido ver siquiera al abogado de su padre á partir del día en que este último fué condenado.

— ¿Es posible? — preguntó Marcela.

Y. R. C. cuya voz temblaba por efecto de la generosa indignación de que estaba poseído, contestó:

— Como usted lo oye, señora. En el asunto de Desjardies hay cosas muy extrañas. Ello es que viendo que no le era posible hablar á maitre Destalot, la

señorita Desjardies se dirigió al presidente del colegio de abogados, quien le dijo no poder hacer nada por ella en ausencia del letrado. ¡Qué casualidad! El abogado ausente, y el presidente del colegio un amigo de usted, señor procurador imperial. Pues aún hay más. Cuando esa desdichada quiso insertar una nota en los periódicos, éstos le hicieron comprender que interesarse por su padre era lo mismo que confesar públicamente que, como él, se habían comprometido en los negocios sucios de la compañía de los ferrocarriles otomanos...

— ¿Por qué no se dirigia á usted, — preguntó Sinnamari que habíase levantado, — puesto que todo el mundo la rechazaba?

— Eso precisamente fué lo que hizo; dirigirse á mí.

Lanzó Sinnamari una siniestra carcajada, y con el brazo extendido señalaba al balcón, cuyo visillo aparecía levantado. Todas las miradas convergieron hacia aquel punto, y pudieron ver el hueco negro de la plaza, y algunos puntos brillantes, luces movibles que parecían agitarse en torno de la guillotina. La claridad indecisa del alba naciente permitía distinguir algunas siluetas que iban de un lado para otro, moviéndose al parecer en el espacio reservado para el suplicio.

— Pues vea usted ahí abajo; — continuó Sinnamari. — ¿Reconoce usted á esos hombres? Ahí los tiene usted... Son los ayudantes del verdugo. Ocupan su puesto, prontos á cumplir con su deber, á segar la cabeza de Desjardies, justamente condenado, ¡oh rey de guardarropía! Y la cabeza del padre caerá, pese á quien pese, antes de que la hija logre hacerse oir.

Lanzó de nuevo Sinnamari su siniestra carcajada y aun no se había extinguido el eco de ella, cuando levantándose R. C. alta la frente y fulgurante la mirada, gritó con voz enérgica:

— ¡Introducid á la señorita Desjardies!

X

« TE LEVANTARÁS DE ENTRE LOS MUERTOS »

El verdugo, seguido de sus ayudantes, había entrado en la cárcel. Dejando á su derecha el cuerpo de guardia y á su izquierda la morada del conserje, atravesaron un gran patio y se detuvieron á la entrada de las oficinas. El verdugo preguntó á un celador:

— ¿Han llegado esos señores?

— Sí: están con el alcaide.

Adelantóse al oir esto el verdugo, y sin añadir ni una palabra, fué á firmar, en el registro de salida, la toma de posesión de Desjardies, de cuya persona era responsable á partir de aquel momento. Luego hizo una seña al Buitre y á Pata de gallo que permanecieron á la entrada, muy ocupados en examinar la topografía de aquellos parajes. Un momento había bastado al primero para hacerse cargo de la situación, y nadie hubiera podido adivinar por el fruncimiento de sus terribles cejas si se hallaba pronto á cumplir el acto de formidable audacia por él premeditado, ó

si pensaba, por el contrario, en las dificultades que presentaba semejante empresa.

Por lo que hace á Pata de gallo parecía tan solo preocupado de hacer de modo que su compañero quedase siempre envuelto en la sombra, y de evitar que pudiesen examinar su semblante los que sintiesen curiosidad de hacerlo. No era empresa fácil este examen. Fuera, apenas si se veía, y allí dentro, la obscuridad era casi absoluta; no había allí otra luz que la escasísima proyectada por tres lámparas, de las que una se hallaba en la parte exterior de la oficina, otra en esta última, y la tercera en un despacho interior abierto en el fondo de la misma.

El exiguo local en el que permanecían en silencio el verdugo y sus ayudantes era una habitación estrecha y larga, que recibía luz por dos ventanas muy altas, y en la que, á guisa de mobiliario, no había más que una mesa pequeña, un calorífero, un banco y un taburete. En este último habíanse sentado, desde la construcción de la grande Roqueta, todos los condenados á muerte que habían pasado en ella sus últimas horas. Hallábase colocado en el centro de la habitación, al lado del calorífero, y parecía como si esperase que alguien lo ocupara...

Cuanto al calorífero, únicamente funcionaba los días de ejecución. Aquella madrugada hallábase atestado de carbón encendido, y el rumor de la voraz combustión, semejante á un resuello poderoso, era el único ruido que el Buitre y Pata de gallo lograban oir en todo el establecimiento.

Hendrick, el verdugo, paseaba en silencio, unidas las manos en la espalda, sin mirar á nadie ni nada.

De pronto se detuvo para consultar su reloj, y en aquel mismo momento pudo oirse gran ruido de pasos, y de puertas abiertas y cerradas. Eran las autoridades que llegaban de fuera, y que se encontraban en el patio con los llegados del interior.

Un grupo de hombres vestidos de negro y cubiertos con gabanes de color obscuro invadió la alcaidía. A su frente iba el alcaide, quien murmuró algo al oido del sotaalcaide y se dirigió á la oficina seguido de todo el grupo, del que formaban parte el prefecto de policía, el comisario del distrito, el juez de instrucción y el capellán de la cárcel. En el momento en que pasaban junto á la habitación larga y estrecha de que antes hablamos, el Buitre pudo oir cómo el juez de instrucción comunicaba sus impresiones al prefecto de policia :

— No me explico, — hubo de decirle, — cómo el señor procurador imperial, que debía venir, no ha llegado aún.

Y el prefecto contestó :

— Sí, es extraño; pero el alcaide tiene razón. Ya hemos esperado más de lo justo.

Todos desaparecieron por la puertecilla de comunicación entre la alcaidía y el interior de la cárcel, siguiéndoles el sotaalcaide, poseído sin duda de curiosidad muy comprensible.

Parecióle en este momento á Pata de gallo que el amplio tórax del Buitre se levantaba como aligerado de un peso enorme. El hombre miraba al verdugo, quien había interrumpido su paseo. Ambos compinches se consultaron con la mirada. Nada tan fácil como caer sobre aquel hombre desprevenido y redu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

cirle á la impotencia. Pero ¿y el escándalo? No, nada de violencias. Lo mejor era esperar para no comprometer el éxito de la empresa. ¿Pero por qué el verdugo, quien de ordinario acompañaba á las autoridades en el acto de despertar al reo, permanecía allí inactivo? Todo esto y algo más se dijeron los dos cómplices con la mirada. El Buitre había puesto su abrigo encima del banco. Hendrick, cansado sin duda, llegóse al extremo del mismo, y para sentarse hubo de apartar un poco el sobretodo con la mano. El Buitre, que observó aquella acción de todo punto natural, palideció intensamente.

. . . . . .

Trasladémonos ahora á la celda de Desjardies. En ella le dejamos, la víspera de la noche en que ocurren los extraordinarios sucesos que venimos relatando, lleno de la esperanza que inundó su alma al leer la inscripción misteriosa que una mano desconocida trazara al dorso del retrato de su hija. Ahora lo encontramos rezando. Desjardies, en efecto, era religioso, aunque no hubo de practicar muy asiduamente durante su vida los preceptos de la ortodoxia católica; sin embargo, desde que lo encerraran en su celda de la Roqueta, había acogido con agrado al sacerdote que se presentó un día para ofrecerle los consuelos de su ministerio, y dicho agrado hubo de convertirse poco á poco en alegre gratitud.

Dicho sacerdote no era el cura de la cárcel, sino un padre recoleto que reemplazaba á aquél, víctima en aquel entonces de penosa y larga enfermedad. También al recoleto hubiera querido persuadir Desjardies de su inocencia; pero aunque hizo cuanto pudo para

conseguir este propósito, hubo de pasar por la amargura de ver cómo el religioso participaba de la creencia general en su culpabilidad. Claro es que no se lo decía; pero no dejaba Desjardies de comprender que la profunda piedad que le inspiraba su suerte, dirigíase únicamente al gran pecador que los hombres veían en el desdichado preso. Esto no obstante, el condenado solicitó confesarse, abrigando secretamente la esperanza de convencer al religioso de su inocencia, cuando le viera proclamarla en presencia de Dios.

Confesó pues, y esta vez el padre San Francisco hubo de creer al fin en la inocencia de Desjardies. Cuando recibida la absolución, que fué pronunciada con voz temblorosa, hubo de levantar el condenado la cabeza, no pudo menos de sorprenderse al observar que los ojos del religioso aparecían preñados de lágrimas. Nada le dijo el recoleto. Pero éste, al separarse de su penitente, se inclinó ante él, como al abandonar el altar solía inclinarse ante la imagen del hijo del hombre, muerto en la cruz por redimir el humano linaje.

Fuese enseguida á visitar al capellán de la cárcel, y sentado á la cabecera del lecho de este último hubo de confiarle su convicción en la inocencia del preso.

¿Sería posible intentar algo cerca de los jueces, para evitarles un espantoso error judicial?

Triste sonrisa plegó los labios del cura enfermo quien aconsejó al recoleto que hiciese lo mismo que él había ya hecho dos ó tres veces en análogas circunstancias; ver al ministro de Justicia.

Preguntado por el padre San Francisco el cura acerca del resultado de sus visitas de otro tiempo al

ministro de Justicia, no tuvo más remedio que contestarle que dicho resultado fué negativo. La contestación había sido siempre la misma : « ¡Bah! Ese es el recurso supremo de los condenados : la confesión. Ya sabemos á qué atenernos con respecto á él. »

Sin descorazonarse por lo que acababan de decirle, fuese el padre San Francisco á visitar al ministro de Justicia, y de labios de tan alto personaje hubo de escuchar la temida frase : « Es el primer condenado á muerte á quien usted asiste ; la impresión que le domina estaba descontada. Ya se irá usted acostumbrando á oirles decir á todos que son inocentes, y acabará por no creer á ninguno. »

Comprendiendo el padre San Francisco que su única misión consistía ya en preparar á un mártir para la muerte, dedicóse en días sucesivos á calmar la angustia de Desjardies, más aún que con consideraciones acerca de la vida futura, con promesas reiteradas de ocuparse seriamente de cuanto á su hija se refiriese. ¡ Y este hombre, en quien Desjardies pusiera cuanto le quedaba de fe y de esperanza, era precisamente el hombre á quien debía alejar de sí, con arreglo á lo ordenado en la inscripción misteriosa!

¿Qué hacer? ¿Dar crédito á una tentativa de evasión? ¡No; no era posible! Y aunque lo fuese : ¿cómo decir á aquel hombre, su postrer amigo en el mundo y su esperanza suprema después de su muerte, « váyase usted... no quiero verle más, no quiero oirle en mis últimos momentos... »

En eso estaba de sus dudas y sus reflexiones Desjardies, cuando abierta la puerta de la celda, el carcelero se hizo á un lado para dar paso á un personaje.

Era el padre San Francisco. Los guardianes, al verle entrar, suspendieron la interminable partida de naipes y se levantaron. También Desjardies se puso en pie, y, ambas manos tendidas, fuese al encuentro del religioso.

Este abrazó al condenado y ambos lloraron, mientras los dos guardianes se retiraban discretamente á un rincón de la celda. Pasados los primeros momentos de emoción, Desjardies dirigió al religioso la misma pregunta que solía dirigirle todos los días á la misma hora.

— ¿Es hoy?

Y el padre San Francisco contestaba, también como de costumbre :

— Nada sabemos, hijo mío; nada podemos saber.

E immediatamente hízole sentar, como todos los días, en el camastro; él tomó una silla y se sentó á su vez, frente al preso, guardando las manos de éste entre las suyas, y le hizo hablar largamente de su hija.

Por la centésima vez hízole recordar las anécdotas de la infancia de la muchacha, las alegrías que, ya adulta, le procurara ésta; los días calmos y alegres pasados en la deliciosa morada de Salónica, y las horas difíciles en que hubo ella de sostener la vacilante energía del padre... ¡ La vida entera de ambos, estrechamente unidos desde el momento de la muerte prematura de la madre, acaecida cuando la niña era aún muy pequeña !

Desjardies admiraba á su hija, y tenía además para ella ternuras de madre. De ahí que agradeciese con toda su alma á aquel religioso, que había recibido de

Dios y de los hombres la misión de hablarle de su muerte próxima, que consagrase por el contrario sus horas postreras á evocar en él los recuerdos de las pretéritas alegrías.

Hubo un momento en que Desjardies pareció preocupado por una idea atenazadora. De pronto, con brusco movimiento, sacó del bolsillo la fotografía...

— Tome usted, padre, — dijo alargando la mano con el retrato; — permítame que le deje un recuerdo de mi gratitud... Este retrato es todo cuanto me queda de precioso y estimado... Guárdelo usted como recuerdo mío.

El recoleto rechazaba el presente.

— No, Desjardies, — decía, — consérvelo usted hasta el instante postrero. Ese retrato le dará valor. ¿Por qué quiere usted separarse de él ahora, tanto más cuanto que esa separación ha de cuasarle una pena infinita?

— Le ruego á usted que lo acepte, sin insistir en su negativa, como recuerdo mío; — repitió el condenado.

Y como al mismo tiempo su mano oprimía extrañamente la del monje, éste comprendió que debía aceptar el regalo, é hizo desaparecer la fotografía bajo la burda estameña.

¿Qué móvil impulsaba al prisionero á separarse, así, de pronto, de la fotografía de su hija? no es difícil comprenderlo. Desjardies habíase dicho que este era sin duda el mejor medio de advertir al religioso que *no debía precederle* en el momento de dirigirse al cadalso. Porque en fin, alguien le había dicho que esperase... Sin duda iba á intentarse algo

en favor suyo... Querían tal vez salvarle, y siendo esto así, no era él el llamado á poner obstáculos á los que acometían tan arriesgada empresa. El recoleto leería, con seguridad, la inscripción del dorso del retrato, y no podría por lo tanto extrañarse de oirle y verle rechazar su ayuda en el momento de dirigirse hacia el suplicio... Y si no se intentaba nada por él, de todos modos no sería el religioso quien le traicionase.

Había terminado la conferencia. El padre San Francisco dirigió aún algunas palabras consolantes á Desjardies y se levantó. Uno de los guardianes fué á tirar del cordón de una campanilla, y el celador de ronda volvió á abrir la puerta. En el momento en que el monje se retiraba, llegó la comida del prisionero. Este comió con apetito, bebió un vaso de vino y se acostó enseguida, durmiéndose en el acto, cosa que no le occurría de mucho tiempo antes. Como á cosa de la una de la madrugada despertó agitadísimo, lanzando agudo grito que hizo acudir en el acto á los guardianes.

Su frente bañaba en sudor. Con voz temblorosa, dijo:

— Nada, no es nada... ¡Un sueño horrible!

Y miró á los guardianes, que ya no eran los mismos. Reconocía al que estaba más cerca de él, á la cabecera de su cama. Aquellos ojos de albino, la cara pálida, la barbilla rubia... Sí, aquel hombre era el que marchaba detrás de él durante su último paseo por el patio... el único que había podido escribir en el retrato las extrañas palabras que tanto le turbaran...

Levantóse Desjardies hasta sentarse en la cama y examinó con atención al hombre que le intrigaba. ¡Ah, los ojos de albino! ¿qué podría haber en el fondo de aquellos ojos? ¿Contestarían de algún modo á su muda interrogación? No; los ojos se callaban. Permanecían impenetrables, como esfinges.

Y he aquí que el guardián de los ojos de albino habló al fin; pero para recomendarle con mucha calma, y con el tono más natural del mundo, que se acostara de nuevo, que continuara su sueño. Y Desjardies, dócil como un niño, obedecía, mientras los guardianes reanudaban la interrumpida partida de cartas. El de los ojos de albino decía á su compañero :

— No es la primera vez que oigo ese grito; lo reconozco. *Es el grito de la guillotina.* Sí, todos gritan así, cuando sueñan lo que soñaba ése. Es natural. Hoy se cumplen los cuarenta y cuatro días de su encierro aquí... El hombre debe pensar que su fin se acerca...

Sí : Desjardies sentíase próximo á la muerte y soñaba. Tres veces ya, desde que entrara en aquella celda, había tenido el mismo pavoroso sueño. Y aquella misma noche debía tenerlo una vez más aún. Aquella noche, antes de que llegasen á buscarlo para conducirle á la guillotina, el sin ventura habría muerto ya dos veces...

En efecto; el sueño de plomo había cerrado otra vez sus ojos, y la angustia atroz de la terrible pesadilla le oprimía la garganta, como si se la cortasen... Sentíase empujado por hombres negros que no le hablaban, pero que, sentándole en una silla, atábanle

de pies y manos... Luego sintió el frío de las tijeras que le cortaban los cabellos y el cuello de la camisa... Y una voz bronca, la del verdugo, le dijo : ¡En marcha!

¡Cosa increíble! Era precisamente el verdugo quien le daba á besar el crucifijo... el Cristo sobre el cual iba á poner sus labios exangües... Y como no podía andar aprisa por impedírselo las ligaduras, el monje, sí, el monje, ¡ah! — lo reconocía bien por su cerquillo en la cabeza y los pies desnudos, — era quien lo empujaba, arrojándolo en la báscula... Después... después... Después habíase despertado de entre los muertos, y encontrádose de pronto entre los vivos.

¡Cuán numerosos los vivos que se encontraban aquella mañana en la celda de Desjardies! Nunca se habían juntado tantos, en calidad y en número, para hacerle una visita. Allí estaban todos en torno de su lecho. Todos le miraban y él miraba á todos. Y he aquí que de pronto los cabellos se le erizan. Digan lo que quieran los que no han pasado por ese trance, es más difícil morir cuando se es inocente que cuando se sabe uno culpable.

Entre todos aquellos hombres negros hay uno qeu dice cosas que él no oye bien; parécele sin embargo que le recomienda que tenga valor...

¡Valor, valor!... No : no lo tiene.